

Erick Vázquez

Tenemos la misma relación con los objetos que un astrónomo tiene con las estrellas. La cantidad de objetos que rodea nuestro cuerpo es abundante, inconmensurable, enloquecedora y sin embargo sólo nos interesan unos cuantos. Esa elección es una proporción. Seleccionamos pocos de entre la infinidad y también porque la luz nos llega en un retardo y probablemente ya sólo exista en el recuerdo para nuestra inadvertencia. Recordar – como es el caso de muchos de los poetas aquí– un objeto de la infancia, es la elección más natural del mundo: Nuestro pequeño cuerpo entonces alcanzaba pocas cosas y esa pequeñez era suficiente para abarcar el mundo, nuestras manos crecen pero esa pequeñez nunca cambia sino brevemente cuando somos padres. Es el afecto el que le da la proporción justa a las cosas. Las proporciones que Miriam ha elegido para la representación de los objetos no podrían ser otras para darle a cada objeto su justo rango existencial, casi metafísico, en una escultura. Tiene razón Miriam, tratándose de un objeto toda expresión es proporcional al lugar que ocupa en nuestra memoria, donde todo es textura y pliegue sobre pliegue, una complejidad.

En su respuesta a Miriam todos los poetas se atuvieron –a consciencia o sin ella– a la definición del diccionario sobre lo que es un objeto: *Todo aquello que puede ser materia de conocimiento o sensibilidad por parte del sujeto, incluido este mismo.* La definición de lo que es un objeto queda mejor dibujada todavía en el diccionario jurídico desde que son, después de todo, las leyes quienes regulan lo que podemos tocar: *constituyen un objeto las personas, las cosas y las acciones, en toda su complejidad.* La elegancia de la jurisprudencia recae llanamente en subrayar lo absoluto, lo innegociable, de la complejidad de las relaciones que constituyen un objeto. Este grupo de esculturas es, como la anterior serie de los vestidos de la propia Miriam, una serie de retratos, retratos en el sentido más psicológico y filosófico del término, porque se concentran en la relación entre lo escrito por los sujetos, sus experiencias, su encauzarlo todo en una sola cosa. Somos entonces la relación entre las cosas y no la forma que percibimos en el espejo.

Decir que no somos nuestra representación es una afirmación sorprendente por parte de Miriam, una escultora, una maestra de la forma. Afirmar que nuestra verdadera imagen la dibuja el complejo sistema de relaciones afectivas y que es ese nuestro rostro, que lo demás es máscara. Tal conclusión solo pudo venir de un trabajo en un taller donde se colaboran varias manos, de una labor de coser y unir diferentes texturas para dar una suma, una forma tan fija como volátil.